

JOSÉ MANUEL
RODRÍGUEZ URIBES

GREGORIO PECES-BARBA
LA PASIÓN POR LA VIDA

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO
2022

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
I. NOS-OTROS.....	9
II. ¿PERO ES QUE VAMOS A EMPEZAR DE NUEVO?	45
III. UNA LUZ EN LA BARRICADA....	87

I

NOS-OTROS

El tiempo pasa muy rápido. Los recuerdos, sin embargo y afortunadamente, siguen vivos. Gregorio Peces-Barba Martínez murió un 24 de julio de hace justo una década. Parece que fue ayer, pero diez años son muchos y su ausencia se hace cada vez más profunda. Este libro es una forma de recordarle. De volver a pasar por el corazón al querido amigo, al carismático maestro, al heterodoxo compañero de militancia socialista, al prestigioso filósofo del Derecho y de la política, al excelente docente, al hombre de Estado (*padre* de la Constitución y presidente del Congreso de los Diputados), al patriota que soñó con una España tolerante y abierta, civil, al defensor (teórico y práctico) de los derechos fundamentales y al ser humano bueno, generoso y divertido que fue. El retrato es inevitablemente subjetivo. Es sincero y está

hecho con el sosiego que da el paso del tiempo. Peces-Barba hizo grandes cosas por nuestro país, contribuyendo de forma muy relevante a la construcción de la democracia en España. Recordarlo es también un acto de justicia. Veamos.

Entre los años sesenta y setenta del siglo pasado, Peces-Barba era un joven y brillante abogado de derechos humanos. Ejerció en la España de Franco, ante tribunales de guerra y ante el Tribunal de Orden Público (*v. gr.*, en el Proceso de Burgos). Salvó vidas en un país con pena de muerte y defendió unos derechos y unas garantías que no existían en el ordenamiento jurídico de la dictadura. *Malgré lui* y sin que sirviera de precedente, hizo, por una vez, de iusnaturalista. Fue represaliado por el franquismo, siendo confinado en Santa María del Campo, provincia de Burgos. Desde allí, además de hacer su tesis doctoral, decidió intensificar su participación en el espacio público y su compromiso político para traer la democracia a España, militando en el PSOE desde 1972 y ayudando a crear, junto a su maestro Ruiz Giménez, una de las revistas señeras de la Transición: *Cuadernos para el diálogo*.

Entre 1977 y 1978, con poco más de cuarenta años y por «halago de la fortuna» como diría él, Peces-Barba se convirtió en uno de los siete *padres de la Constitución española* en representación del PSOE. A él le debemos en buena me-

didá los contenidos vinculados a los derechos fundamentales y a los valores superiores, al principio de igualdad de los artículos 9 y 14 y la especial resistencia en nuestra norma fundamental del derecho a la educación.

En la primera parte de los ochenta presidió el Congreso de los Diputados. Fue el primer presidente socialista desde Julián Besteiro. Tuvo el voto favorable de la inmensa mayoría de sus miembros (nunca ningún presidente o presidenta ha recibido tantos apoyos) y desempeñó esta altísima función, consciente de esa enorme legitimidad en el origen de su elección, con escrupulosa neutralidad institucional. «A Gregorio hay que votarlo», ordenó Fraga a su grupo.

Por entonces, Peces-Barba había ganado ya la cátedra universitaria. Contaba con numerosas y valiosas publicaciones sobre Filosofía del Derecho aunque, como a tantos otros profesores demócratas, las élites poderosas de la universidad, todavía herederas de la dictadura, no se lo pusieron fácil. Solía recordar que en algunos casos designaban a conciencia al candidato menos idóneo, al menos preparado, como prueba de su ilimitado y arbitrario poder.

Desde 1989 y hasta bien entrado el siglo XXI, fue rector de una prestigiosa universidad pública, la Carlos III. Fue su rector fundador, presidente de la comisión gestora, primero, y

elegido por la comunidad universitaria en sucesivos mandatos, después. En la Universidad Carlos III Gregorio Peces-Barba puso el alma. Su impronta personal quedó marcada desde el primer momento siguiendo dos principios fundamentales: excelencia y universalidad. En Getafe y en Leganés, dos localidades del extrarradio de Madrid, se radicaron sus primeros campus. Fue un acto deliberado de justicia social del gobierno socialista de Felipe González que Peces-Barba encarnó perfectamente dotando a esta universidad pública de valiosos profesores y de los mejores medios, con voluntad científica y espíritu humanista, en la buena tradición de la Institución Libre de Enseñanza.

En 2004, y sin dejar el rectorado, ni la docencia, aceptó el encargo del presidente Rodríguez Zapatero para ser Alto Comisionado de Apoyo a las Víctimas del Terrorismo, un puesto de una enorme complejidad, en el que desplegó su empatía y sensibilidad con las familias y los supervivientes de la violencia terrorista. Se situó sin pretenderlo en un nivel máximo de exposición pública en medio de la crispación por la gestión gubernamental del 11-M y de las polémicas sobre el fin dialogado con ETA. Ya no necesitaba hacer méritos y, sin embargo, en el otoño de su vida, decidió dar un paso al frente, uno más. Tuve el privilegio de acompañarle. Su prestigio era evidente para casi todos, personas de izquierdas y de derechas que valoraban su

independencia, su formación y su compromiso cívico. Solo su vocación de servicio y su altura de miras explican que aceptara entonces esa difícilísima tarea y rechazara la de mayor fuste de Ministro de Educación y Universidades.

Cuando Gregorio Peces-Barba murió sufríamos en España y en el mundo una grave crisis económico-financiera con efectos sociales devastadores y el conflicto en (y con) Cataluña ya se apuntaba. Solo la buena noticia del fin de ETA en 2010 y la aprobación de una ley para sus víctimas (y para el conjunto de las víctimas del terrorismo, incluido el llamado *terrorismo de Estado*) en 2011, una norma que él había contribuido decisivamente a diseñar entre 2004 y 2006, dieron sosiego a sus ánimos y cavilaciones en esos meses finales hasta su muerte en julio de 2012. A Gregorio Peces-Barba únicamente le preocupaban, en lo que es sin duda un signo de inteligencia, las cosas verdaderamente importantes, a las que dedicaba mucho tiempo y sobre las que siempre tenía una opinión que solía expresar públicamente, que no se reservaba, para bien o para mal. Las pequeñas cosas, las más privadas o las menos relevantes, las resolvía rápido, sin dramatismo. Pensaba con Oscar Wilde que la vida es sencilla, que la complicamos nosotros y que, por tanto, lo sencillo suele ser lo correcto.

En estas páginas he querido recordar algunos de los momentos importantes de su vida.

También rasgos definitorios de su carácter y de su personalidad. Estas líneas tienen el valor (mayor o menor, según se quiera ver) del testimonio cercano, del amigo, del colaborador y del discípulo que fui. Conocí a Gregorio Peces-Barba en 1986 y desde entonces hasta su muerte, más de un cuarto de siglo después, le traté casi a diario.

Consciente de los inevitables condicionantes subjetivos de la gratitud y del afecto, he tratado, no obstante, de hallar las palabras adecuadas, huyendo de la hagiografía, del exceso o de la visión reduccionista y parcial que acaba en caricatura o en panegírico. El objetivo de estas subjetivas páginas es más bien, y paradójicamente, objetivo: he escrito con la intención de dibujar un retrato certero, lo más fiel posible, desde mi particular mirada, de Gregorio Peces-Barba, una semblanza precisa de un hombre de pensamiento, de un intelectual, que al tiempo fue un hombre político (de acción) y que reunía valiosas virtudes personales y ciudadanas, aunque no era perfecto. Su *grandeza imperfecta*, humana, es posiblemente una de las características que mejor lo definían y que subrayaron su singular forma de ser y de vivir.

Este libro, por tanto, no es propiamente un trabajo de investigación en su sentido más académico. El ensayo que escribí un par de años después de su muerte y que publicó Cívitas-Thomson Reuters, con un excelente prólogo